

Conjugación del presente mexicano en tiempo antepasado:

presidencialismo, neodesarrollismo y populismo

Convergence of the Mexican present with the past: presidentialism, neo-development and populism

HUMBERTO MÁRQUEZ COVARRUBIAS

Mexicano. Docente investigador, Unidad Académica en Estudios del Desarrollo, Universidad Autónoma de Zacatecas. Correo-e: hmarquez@uaz.edu.mx

Bajo el eslogan de «cuarta transformación», en la esfera del poder del Estado mexicano se ensaya un proyecto de construcción de una nueva hegemonía política transexenal que articula un nuevo bloque en el poder conformado por políticos de distintas ideologías y partidos, empresarios contratistas. Destaca la atribución a las fuerzas armadas de funciones civiles, empresariales, policiales e ideológicas. En tanto que los beneficiarios de programas sociales son la base electoral. El proyecto de desarrollo profundiza el papel de exportador de bienes manufactureros ensamblados, materias primas, trabajadores y drogas. En ausencia de un proyecto de cambio estructura y transformación social se profundizan los rasgos de subdesarrollo y dependencia.

Palabras clave: hegemonía, presidencialismo, neodesarrollismo, populismo, México.

Under the slogan «the fourth transformation», the Mexican State has pursued a policy of building a new six-year political hegemony that outlines a new power bloc made up by politicians of various ideologies and parties, business leaders and contractors. Of note is the transfer of civil, business, policy, and ideological functions to the armed forces. The beneficiaries of social programs make up the electoral base. This development project deepens the role of the exportation of assembled manufactured goods, raw materials, workers, and drugs. In the absence of a project of structural change and social transformation, the characteristics of underdevelopment and dependency are exacerbated.

Keywords: hegemony, presidentialism, neo-development, populism, Mexico.

Intrincado devenir histórico

Los historiadores suelen decir que la historia no se repite, que los hechos son únicos, acordes a su momento y lugar, y que por tanto no pueden compararse, no obstante también suelen decir que hay que tomar conocimiento de los grandes hechos históricos para no repetir los errores.

Pareciera entonces que si asumimos que los hechos que marcaron el pasado no son replicables ni comparables no tendrían mucha utilidad para eludir problemas en el presente y futuro de la sociedad. Con todo, siempre es útil aprender de la historia con la intención de ser conscientes de la trayectoria del desarrollo de la sociedad, con sus

contradicciones, tendencias y desenlaces, pero de igual modo para no repetir los errores o recuperar ideas y proyectos que pudieran cobrar vigencia.

En la historia del Estado mexicano posrevolucionario, a partir del devenir de la hegemonía política,¹ en conjunción con las etapas del desarrollo del capitalismo mexicano, se dibuja un gran fresco sobre la historia mexicana, en tres grandes momentos:

a) la prolongada hegemonía del sistema priista, una de las más longevas en el ámbito mundial, bajo la ideología del nacionalismo revolucionario, de 1929 a 1982. Se trata del predominio de la forma de partido de Estado o PRI-sistema (PNR-PRM-PRI),² un partido hegemónico que se mantiene en el poder y que se afirma heredero de la Revolución mexicana. En ese sentido, el Estado fue el agente rector del desarrollo capitalista, desde el cardenismo (1936-1940), con la reforma agraria y la nacionalización petrolera; con la posterior industrialización por sustitución de importaciones (1946-1970), y el «populismo económico» o «desarrollo compartido» de Luis Echeverría y José López Portillo (1970-1982), que significó un intento fallido en última instancia de renovación del papel del Estado en la economía.

b) La hegemonía neoliberal comandada por el PRI y el Partido Acción Nacional (PAN) (1982-2018). La crisis del modelo nacionalista y la continuidad del PRI en el gobierno posibilitan que la tecnocracia asuma y reoriente la conducción del proyecto de desarrollo hacia los preceptos neoliberales y llegado el caso permite la alternancia electoral con la asunción del PAN, partido que comparte el mismo programa económico neoliberal y lo profundiza. Un rasgo característico es que la gran transformación neoliberal se hizo sin necesidad de golpe de Estado, revolución social o voltereta electoral, sino que se emprendió en el seno mismo del Estado, en sintonía con los organismos financieros internacionales.

c) La emergencia del proyecto de una nueva hegemonía «posneoliberal» bajo el concepto de cuarta transformación (2018-2024), con el triunfo electoral de Andrés Manuel López Obrador (AMLO) y su coalición política encabezada por el Partido Movimiento Regeneración Nacional (Morena).

A diferencia del gobierno de corte bonapartista *sui generis* de Lázaro Cárdenas, emanado de una revolución y articulado de un poder político multiclasiista, con un pacto populista, un partido de Estado y un proyecto de desarrollo capitalista, el gobierno de López Obrador evidentemente no emerge de ningún proceso revolucionario, ni tiene la intención de ejecutar un proceso de transformación social, sino que es fruto de la descomposición económica y política del régimen de acumulación y del sistema político concomitante, que no se puede

definir como el «viejo régimen» porque se inscribe dentro de la moderna sociedad capitalista, la cual perdura, y está en una profunda crisis global, que no es sólo un dato nacional ni una anomalía por corruptelas de personajes políticos.

Los antecedentes históricos, teóricos y políticos de la 4T no parecen estar definidos con toda nitidez por el bonapartismo *sui generis* de Lázaro Cárdenas o del gobierno argentino de Juan Domingo Perón, caracterizados ambos con términos semejantes, ni tampoco por los gobiernos bolivarianos de Hugo Chávez y Nicolás Maduro. En alguna medida, se asemeja el término de bonapartismo senil de León Trotsky.

El bonapartismo lopezobradorista alude a la concentración de poder, liderazgo fuerte, debilitamiento institucional, ahorro de procedimientos y eliminación de instancias intermediación, vínculo directo entre el sujeto popular y el líder, fuerzas armadas, base social, conservadurismo.

En busca de un árbol genealógico que legitime a la 4T, el lopezobradorismo recurre a la historiografía oficial que campeó en el priato en torno a la ideología del nacionalismo revolucionario y la mitología de la historia patria, la ideología del Estado posrevolucionario que fue inoculada por décadas entre los párvulos que colmaban las escuelas públicas.

Dicho sea de paso, quizá bajo esta caracterización histórica, más que una pretendida «cuarta transformación», en línea de sucesión con los grandes hitos de la historia patria: Independencia, Reforma y Revolución, en el marco más inmediato, de cristalizar la llamada 4T, en realidad será un tercer movimiento en el ciclo corto de reformas del Estado mexicano posrevolucionario, posiblemente un cambio «posneoliberal», que todavía no tiene un nombre concreto, hasta no conocer su verdadero desenlace y resultados.

La 4T no se inscribe en un proceso de larga duración (Independencia-Reforma-Revolución-4T), sino en un ciclo estatal posrevolucionario donde se despliega la república burguesa y el capitalismo mexicano, en el cual el Estado va mutando políticamente: Estado populista-Estado neoliberal-Estado populista-neoliberal.

¹ La formación del sistema político mexicano.

² Partido Nacional Revolucionario-Partido Nacional Revolucionario-Partido Revolucionario Institucional.

En el plano económico, la gran transformación reciente ocurrió a principios de los ochenta, con el golpe de timón en el Estado sobre el modelo de desarrollo nacional, el desarrollismo, que adoptó el proyecto neoliberal (integración a los mercados globales). En el plano político, en 2000 se implementa la llamada «transición a la democracia» para dar cauce a la alternancia política entre partidos convergentes en el proyecto neoliberal. Sin embargo, la democracia mexicana naufragó, el sistema de partidos entró en una crisis de representación, los grupos dirigentes se enfangaron en la corrupción y se abrió paso a liderazgos populistas. La crisis económico-política permite el triunfo electoral de AMLO en 2018. En sus pretensiones, se trata de una restauración del viejo régimen económico-político del nacionalismo revolucionario, bajo la égida de un partido oficial, pero en la práctica es algo más contrahecho. La autodenominada 4T es heredera y continuadora del proyecto neoliberal (libre comercio, equilibrio macroeconómico, superávit presupuestal, austeridad, no impuestos al gran capital y las grandes fortunas).

Hegemonía política: «revolución sin revolución» o «transformación pasiva» o «transformación inocua»

El sentido de revolución no es el mismo a lo largo de la historia. En su significado antiguo, el término de revolución denotaba un círculo completo que regresa al punto de partida; pero en su acepción moderna pasa a ser un trastrueque, un cambio en el ser o estado de las cosas. Bajo esa diferenciación, López Obrador parece apearse, en la práctica, al retorno al pasado. Lo que ahora se vende como revolución o transformación es una regeneración del viejo populismo.

El poder ejecutivo está recobrando su antigua forma hiperpresidencialista del régimen priista y alcanzando un poder sin contrapesos, a un grado inclusive mayor, sin precedente en la historia. Se sobrepone a los poderes legislativo y judicial, que son contrapesos republicanos. Dicha división de poderes requiere el apoyo de ciudadanos para defenderse, de lo contrario serían minimizados

y aplastados. A pesar de decirse ciudadanos, en la práctica no lo son porque han perdido toda posibilidad de controlar al ejecutivo, que por su parte se mueve sin cortapisas: interpretando la ley a su antojo, manipulando instituciones, amedrentando adversarios, imponiendo su peculiar visión de las cosas.

Ante todo, el proyecto de la 4T se resume en la pretensión de construir una nueva hegemonía política en el país, que dé al traste con la anterior, identificada con los gobiernos neoliberales, y que asiente sus reales una nueva, supuestamente superadora de ese neoliberalismo al que se emparenta con la corrupción y la violencia.

La hegemonía significa una forma de ejercer el poder donde, en términos gramscianos, coexisten el consenso político y la coerción. De ese modo, puede ser una forma de ejercicio de poder de las clases dominantes, pero también lo podría ser de un proyecto emancipador, es decir, la hegemonía adquiere una connotación negativa o positiva, conservadora o emancipadora. Empero, cualquier gobierno en turno puede asumir una vocación hegemónica o prácticas hegemónicas. Para un gobierno presuntamente de izquierda con un proyecto transformador, la cuestión de fondo es si el proyecto de construcción de una nueva hegemonía es también un proyecto contrahegemónico, esto es, el intento de ir construyendo efectivamente algo nuevo, alternativo, que resulte ser transformador y emancipador. Puede haber una hegemonía alternativa.

El desafío teórico es dilucidar qué tipo de proyecto hegemónico está impulsando el lopezobradorismo. Es decir, si se trata de un proyecto sólo de poder político o si se trata de un proyecto de poder con contenido emancipador, o si tiene una lógica más bien conservadora o una lógica transformadora. A todas luces, en la 4T hay un proyecto de poder con alto contenido conservador, que no obstante sus adversarios de las clases dominantes no lo interpretan de esa manera (al extremo de plantear que se trata de la vuelta del comunismo o la dictadura) ni los propios promotores de la 4T admiten que sea conservador, pues suponen que es transformador, algunos inclusive creen que están haciendo la revolución. El proyecto de poder de la 4T consiste en formar un poder sólido y duradero, que reproduzca las lógicas hegemónicas de antaño y que en definitiva, más allá de su arenga discursiva, carece de un proyecto emancipador que genere una hegemonía alternativa y que empodere a las clases subalternas, desde abajo, con una proyección a largo plazo, que trascienda los ciclos electorales trianuales o sexenales; de ahí que suponga un proyecto de largo aliento político-cultural, pero también económico-político. En la dimensión político-cultural se necesita cambiar las concepciones y relaciones, las formas de entender la propiedad privada, las relaciones de género, las relaciones de poder y las relaciones con los caudillos y caciques troquelados por el Estado posrevolucionario y sus lógicas de poder distantes del poder popular o del ejercicio de poder desde abajo.

En el campo económico-político se trata de generar las condiciones materiales de vida y de trabajo, por encima de las políticas asistencialistas, que responden al propósito electoral de formar las bases de apoyo que requiere esa construcción hegemónica incompleta.

Un gran déficit de la 4T, en comparación con los referentes populistas de centro-izquierda a los cuales se quiere homologar, es que carece de una genuina base de apoyo social, es decir, de sectores sociales subalternos o populares autoorganizados. La izquierda está relegada en Morena y el gobierno de la 4T, por ejemplo, los sectores de izquierda, del ala supuestamente popular y movilizadora, dentro de Morena seleccionaron como su candidato a la presidencia del partido a Porfirio Muñoz Ledo, un viejo lobo de mar del priismo y del nacionalismo revolucionario, del cual también procede López Obrador, y no obstante, esa candidatura perdió las elecciones internas. Es evidente que hay maniobra desde la presidencia con el afán de encauzar los resultados y favorecer al candidato pragmático, de origen neoliberal.

En el gobierno falta un proyecto de transformación profunda, independientemente de sus programas de asistencia social. La lógica de gobierno es de lo más convencional: vertical y sexenal, y carece de un sujeto social popular organizado que soporte un proyecto transformador de mediano y largo plazo. La figura preponderante es la del presidente, quien centraliza la atención, las decisiones, el discurso, es el todo dentro del lopezobradorismo. Reproduce la figura del caudillo político del viejo populismo mexicano: presidencialista, clientelar, con un partido político electorero. Es el clásico formato político de la vieja política mexicana. No hay mayor conservadurismo que restaurar esa lógica política, aun cuando pudiera alegarse que la centralidad política es necesaria para orquestar el gobierno y hacerlo eficaz.

La conquista del poder político por la 4T supuso una coalición heterogénea de derecha, centro e izquierda. Una argamasa ideológica confusa y contradictoria. Una alianza de la «pequeña política». Esto significó el abandono de una política expansiva, con sectores de las fuerzas populares, de abajo. Las bases morenistas no se integran al proceso a partir de la concientización, la organización y la movilización. Las alianzas con los sectores del poder implicaron el encubrimiento o postergación de las alianzas con sectores populares. Los sectores organizados de la sociedad civil fueron relegados. Hay una sociedad organizada y una sociedad por organizar, o fomentar que se organice.

A diferencia de algunos políticos progresistas de América Latina, el personaje, AMLO, no viene de una tradición de izquierda. El énfasis en lo moral es el correlato a un menor énfasis de radicalidad del proyecto. Además, el primer ciclo de gobiernos progresistas latinoamericanos venía empujado por grandes movimientos antineoliberales. El arribo tardío de la 4T al poder es una señal del progresismo tardío, donde los gobiernos progresistas ya mostraron sus límites y la derecha neoliberal

ha levantado cabeza, con sus reflujos o segunda oleada progresista. No se puede ser de izquierda sólo enarbolando el precepto de la honestidad y la moralidad, el combate a la corrupción y la honestidad pueden ser atributos conservadores y de derecha.

El bloque lopezobradorista es más conservador y las oposiciones de izquierda son inconsistentes, marginales o dispersas. Bajo el concepto de hegemonía se entiende que «las clases dominantes ejercen el poder de las estructuras políticas institucionalizadas y de las prácticas políticas». En ellas se conjugan, por una parte, el liderazgo de la clase o facción hegemónica que ejerce el poder del Estado y representa el interés general y abstracto de la nación; por otra parte, la función ideológica que posibilita la dominación sobre las clases subordinadas.

Lo anterior supone que el gobierno de AMLO encarna un nuevo bloque de poder, que articula a una facción de los políticos profesionales nacionalistas coaligados con políticos provenientes de las más diversas adscripciones ideológicas, y a representantes de una facción de la burguesía nacional, los cuales fungen como sector dirigente, y a su regazo está una ancha capa multiclasiista que funge como base social de apoyo al bloque en el poder, y que habitualmente es identificada, desde el discurso dirigente, como pueblo, inclusive como «pueblo bueno y sabio».

En este contexto, la nueva hegemonía supone: a) La crisis del régimen político encabezado por la coalición gobernante neoliberal de la transición electoral (PRI-PAN), caída en el descrédito absoluto, sumida en el fango de la corrupción y encaminada hacia una conflictividad social incontenible. b) La emergencia de una fuerza política variopinta de izquierda, centro, derecha en torno a un liderazgo largamente troquelado de AMLO, una figura popular y carismática que ganaría, por fin, la silla presidencial. c) El triunfo apabullante de AMLO, en su tercera intentona, con un caudal de más de 30 millones de votos, que le confieren la legitimidad suficiente para emprender grandes cambios. d) La formación de un gobierno que representa un juego de equilibrios entre

empresarios, veteranos políticos profesionales, tecnócratas y noveles funcionarios. e) La alianza con sectores potentados de la burguesía nacional contratista que también lo ha sido de los gobiernos anteriores, paradójicamente miembros conspicuos de la otrora «mafia del poder», pero ahora presentados como figurones del empresariado nacionalista. f) La configuración de una base social de apoyo compuesta por los beneficiarios de los programas de asistencia social, los militantes de su partido que toman posiciones burocráticas y sectores independientes hastiados del priismo-panismo.

Así pues, la amalgama de fuerzas políticas, empresariales y sociales configura un «bloque en el poder» integrado por una coalición de clases o facciones políticamente dominantes, que serán representantes del interés general, del pueblo-nación.

De tal suerte que «Morena y su líder deben ser caracterizados más que como un grupo de izquierda tradicional», como representantes de una burguesía nacionalista, y que su proyecto es «poner fin al ciclo de gobiernos neoliberales» que por 30 años realizaron las reformas de desnacionalización de la economía mexicana y generaron un ciclo

de desigualdades, pobreza y violencia. En tanto que en el nivel discursivo se retoma la ideología nacionalista revolucionaria con el referente de la Revolución y de la Constitución de 1917.

AMLO se asume como el líder del movimiento político y asume la dirección del Estado mexicano, y restituye las prácticas añejas del bonapartismo latinoamericano. La coalición neoliberal (PRI, PAN, PRD, PVEM, Panal),³ una representación del partido del orden y el dinero, ha sido derrotada electoralmente y no logra recomponerse. Cosecha triunfos electorales magros debido a la incompetencia de su adversario instalado en el gobierno.

Morena no es un partido político: carece de ideología, no se define claramente dentro del espectro político, inclusive se asume más como movimiento que como partido o como un ambiguo partido-movimiento; no tiene un diagnóstico de la realidad nacional e internacional, no cuenta con un programa, no tiene organización interna; opera como una clásica maquinaria política de colocación en la burocracia estatal y operadora de programas oficiales de cooptación de votantes. Pretende reencarnar al viejo partido

³ Partido de la Revolución Democrática, Partido Verde Ecologista de México, Partido Nueva Alianza.

No se puede ser de izquierda sólo enarblando el precepto de la honestidad y la moralidad, el combate a la corrupción y la honestidad pueden ser atributos conservadores y de derecha. El bloque lopezobradorista es más conservador y las oposiciones de izquierda son inconsistentes, marginales o dispersas.



de Estado, como si fuera el PRI 4.0 o el Primor (PRI-Morena), tanto por sus métodos y objetivos como por la composición de sus liderazgos e ideología. Su trayectoria es la historia de la mutación de los políticos nacionalistas revolucionarios expulsados del paraíso del Estado por los tecnócratas y recompuestos bajo las figuras del PRD y ahora Morena. Además, habría que agregar una confusa amalgama de adhesiones provenientes de todos los partidos e ideologías. El antagonismo y la contradicción privan en esa denominación partidaria, cuyo único punto de referencia es el caudillo presidente, quien funge como jefe de Estado y jefe de partido.

La coalición gobernante forma una especie de gobierno reformista, pero no de transformación. Donde coexisten desde la ultraderecha evangelista y católica, emisarios de las organizaciones patronales, pasando por priistas de la vieja guardia, panistas ortodoxos, perredistas conversos y personajes provenientes de distintas denominaciones de izquierda (excomunistas, exmaoístas, excastristas, extrotskistas y hasta exanarquistas). De manera sintomática, los representantes de las izquierdas no tienen una presencia determinante en las áreas estratégicas del gobierno y del partido.

La deslegitimación de los voceros políticos dentro de los partidos de oposición y de los partidos coaligados en el gobierno genera un vacío en la interlocución de las altas esferas del poder, en especial entre el gran capital y el poder político del Estado. De tal suerte que se personifica la discusión directa entre el presidente y los representantes de las cámaras empresariales desde el Consejo Coordinador Empresarial (CCE) hasta todas sus ramificaciones sectoriales: Cámara Nacional de la Industria de Transformación (Canacintra), Cámara Nacional de Comercio (Canaco), Confederación Patronal de la República Mexicana (Coparmex), Asociación de Bancos de México (ABM), y el CCE. Más aún, un trato directo con grandes magnates: Carlos Slim, Germán Larrea, Alberto Baillères y Ricardo Salinas, la otrora «mafia del poder», ahora aliada a la 4T. En ese sentido, fracasó el intento de tener un interlocutor directo en la presidencia con el empresariado a través de la Oficina de la Presidencia que fuera ocupada por Alfonso Romo, quien habría formado a su vez un Consejo Asesor Empresarial.

En paralelo, la lumpenburguesía del crimen organizado también ha tenido interlocución con el gobierno, a través de la Secretaría de Gobernación y, ocasionalmente, por el propio presidente, quien se acerca a las zonas dominadas por el narco y establece contactos con emisarios. Asimismo, no deja de ser sintomático que el presidente le confiera funciones empresariales al ejército, al otorgarle concesiones, proyectos de infraestructura y administración de proyectos en curso.

En tanto la función empresarial del Estado se encuentra concentrada en el sector energético: Petróleos Mexicanos (Pemex) y Comisión Federal de Electricidad (CFE), por lo que se hacen todos los esfuerzos legislativos y presupuestales para recomponer a esas empresas que

operan en números rojos, sobre todo la primera. No se está generando una nueva camada de empresarios bajo el signo de la 4T, pero se está reforzando a los grandes capitales que se adhieren al proyecto político, así sea provisionalmente, y atacando a los que se manifiestan públicamente en contra.

El papel conferido a las fuerzas armadas (ejército y armada) es estratégico para los propósitos políticos y económicos de la 4T. No sólo le confiere la función empresarial, en sustitución o como complemento de empresarios privados, a fin de activar los megaproyectos que fungan como insignias del gobierno: el Tren Maya, el aeropuerto de Santa Lucía, el control de puertos, aduanas, etcétera, en tanto que crecen los efectivos y cuerpos militares (Guardia Nacional), se amplía el presupuesto y se canaliza a tareas diversas, como la contención y represión de migrantes centroamericanos a pedido de Estados Unidos, y se organiza una fuerza armada para «serenar a México» ante el embate del crimen organizado, a la vez que funge como una fuerza armada ante cualquier intentona de «golpe de Estado», por lo que se configura como una guardia pretoriana del gobierno.

Populistas: hacer propaganda con las creencias de la gente

El populismo hace propaganda con las creencias de la gente y las recodifica en pauta político-electoral. El movimiento político de la 4T deniega la lucha de clases y atribuye la causa de los problemas sociales a la falta de moral.

Las deformaciones izquierdistas, criticadas en su momento por Lenin para confrontar a los «amigos del pueblo», están muy acentuadas en varios países con gobiernos populistas y están a la orden del día en la 4T. El poder político que han amasado los nuevos amigos del pueblo lo ejercen con el fin de tejer alianzas con el enemigo histórico para supuestamente desplegar tácticas que afiancen patrocinios en los ámbitos municipales y con ello obtener algunas concesiones de menor grado que el caudillo y sus bandas oportunistas presentan como si fueran triunfos del poder popular.

La pretensión de fincar una nueva hegemonía política en apariencia transformadora basada en la obediencia ciega al dirigente eterno y con ello sobrepasar cualquier tentativa de ejercicio de crítica colectiva, deviene en un ejercicio del poder político autoritario.

En términos genéricos, el fenómeno político populista supone una reverencia al pretendido espíritu unívoco de un pueblo idealizado. Significa una nueva variedad del viejo bolchevismo, del viejo comunismo clásico y del populismo latinoamericano de los años treinta. El populismo es una mezcla de política y religión, que como tal surge en la Rusia del siglo XIX,⁴ luego se trasplanta en América Latina, en particular en el peronismo argentino y se reedita actualmente. El discurso de la pureza anímica absoluta lleva necesariamente a la ejecución del purismo frente a la encarnación del mal absoluto.

El populismo es el movimiento sociopolítico que representa las demandas populares y hace posible el surgimiento del pueblo. Donde el pueblo es una formación social idealizada con los atributos de «bueno y sabio». La proclama de «por el bien de todos, primero los pobres» resulta efectiva, y la idea de hacer efectivas las demandas populares se implementó con programas para beneficiar a los grupos sociales marginados a través de los programas asistenciales, que absorben una porción importante del presupuesto público, que a su vez les retira a otras áreas que pueden ser igualmente importantes (infraestructura, educación, salud, ciencia, tecnología y cultura).

El sujeto político del pueblo no figura en el proyecto de transformación, no es una entidad autónoma, organizada y activa: es un espectador de las mañaneras, un beneficiario de los programas de asistencia, un activista de las redes sociales digitales y un votante fiel. Antes que el «pueblo bueno», están las fuerzas armadas, protagonista político, económico e ideológico del gobierno que lo purifica de cualquier maldad anterior y lo presenta como el «pueblo

uniformado». Uno de los mayores déficits de la 4T es la construcción de poder popular genuino, más allá de buscar la obediencia de los sectores subvencionados.

La apelación moral y religiosa al pueblo es directa: «La voz del pueblo es la voz de Dios» (AMLO), y cuando el presidente asume la voz popular, habla por él, piensa por él, entonces el jefe máximo termina siendo la voz divina. A la postre, el populismo es un salvacionismo donde opera más la religión y la moral que la política: «sólo el pueblo puede salvar al pueblo». Para el populismo, el único tribunal legítimo es el popular, es decir, el de sus fieles seguidores.

El populismo latinoamericano ha estado engarzado con el neopentecostalismo. En México, aparece una peculiar alianza entre AMLO y los evangélicos. AMLO se declara cristiano, lee la Biblia evangélica y muestra símbolos religiosos como la Virgen de Guadalupe o el Sagrado Corazón de Jesús, el «detente», como amuleto contra la covid-19. Además de hacer alianza con el Partido Encuentro Social (PES) de grupos evangélicos e incluir a los evangélicos en la operación de los programas sociales, amén de un uso recurrente de metáforas bíblicas entreveradas en sus discursos moralistas, al grado de editar una cartilla moral, que supone un diálogo interreligioso y ecuménico para pacificar el país. De esta manera, el líder político es ambiguo: progresista (contra la oligarquía, el neoliberalismo) y conservador (en defensa de valores tradicionales religiosos y familiares, omiso ante reivindicaciones feministas como el aborto o el matrimonio igualitario, etcétera).

Pueblo amorfo, trabajadores desleídos

El arquetipo del mexicano ha sido dibujado en diversos ensayos sociológicos, psicológicos y políticos como un ser melancólico, triste y pasivo, pero sin caer en lo depresivo, porque cuenta con las tradiciones, las fiestas, las telenovelas y las narcoseries, un peculiar arte de exportación, y, sobre todo, con la ilusión en líderes políticos que prometen el cielo en la tierra. Al respecto, no deja de ser sintomático que los ideólogos de la 4T conciban al pueblo mexicano como un ser conservador: católico, presidencialista y tradicionalista, que no está dispuesto a grandes cambios sociales.

La 4T desmoviliza a los trabajadores, al negarlos como clase social fundamental del capitalismo, al desmovilizarlos políticamente, al subordinarlos a los programas de subvenciones y al entronizar el militarismo para suplir el poder popular proletario. La figura de la clase trabajadora es borrada del mapa político de la 4T, y en su lugar aparece la entelequia del pueblo. En esa inteligencia, no se pretende promover la organización, participación y revalorización de la clase trabajadora, sino su transfiguración en pueblo, en masa electoral.

Bajo el cartabón presidencialista, sólo se utiliza, cada vez menos, a los sindicatos afines como comparsas de las negociaciones políticas

⁴ En la novela de Dostoyevsky *Los diablos* se narra el caso ruso.

con empresarios (reforma de pensiones). Se crea una nueva central de sindicatos dirigida por un político morenista, Napoleón Gómez Urrutia, aunque el sindicalismo priista no ha opuesto ninguna resistencia y más bien se muestra condescendiente con el presidente. El magro incremento a los salarios mínimos aprobado por el gobierno no fue una propuesta genuina de la 4T sino un reclamo del gobierno de Estados Unidos, en el marco de las negociaciones del T-MEC, como también lo fue la iniciativa de democratización sindical y libre afiliación.

En tanto los campesinos y el sector rural en general se conciben como una masa amorfa que se subsume en la idea de pueblo pobre, que se reivindica por la costumbre, la tradición, la sencillez, no como un sujeto político que, junto con los trabajadores, puede impulsar un proyecto de transformación social. Las organizaciones campesinas no son bienvenidas por el gobierno, son denostadas como corruptas, y el sector pretende ser realineado como beneficiario de las dádivas gubernamentales, como base de apoyo electoral y como representación del «pueblo bueno y sabio».

La mayoría de la población es trabajadora, pero no se reconoce como tal. Si bien las clases trabajadoras son heterogéneas, están segmentadas y divididas, el discurso político en turno es hábil para encubrir su naturaleza social y transfigurarla para convertirla en un gran bloque, como un «pueblo bueno y sabio», lo cual es una remembranza roussoniana y cristiana, más que una alusión de izquierda transformadora. Así se forma una base social multitudinaria y pasiva, que sólo se moviliza para votar ritualmente cada tres o seis años, que permanece cooptada, persuadida, por los programas multimillonarios asistencialistas del gobierno, que contribuye a desactivar las energías sociales, a postergar la organización social y a preservar los lazos de comunicación del caudillo político con su pueblo. Es un gran bloque social pasivo, parasitario y disfuncional, desde el punto de vista de un genuino proyecto de transformación social.

El hecho sociológico más conspicuo de la modernización capitalista es la formación de una masa desbordante de trabajadores precarios que viven del ingreso que les reporta su trabajo, que viven al día, que no alcanzan a reproducir su fuerza de trabajo con el salario y viven para trabajar, no están representados por la 4T. El pueblo imaginado por el gobierno es una base electoral, un sector dependiente de la asistencia gubernamental, un sector pasivo y conformista.

Muchos sectores de las clases trabajadoras, encubiertas y metamorfoseadas, desfiguradas bajo el término de «clases medias», además de sectores de las clases populares empobrecidas, han entrado en un nuevo escenario de desencanto, frustración y crítica ante la 4T, y han mostrado su descontento en las urnas y en algunas movilizaciones. En parte por los estertores de las crisis y en parte por la inacción del gobierno. Otras tantas están a la expectativa y una gran porción sigue embelesada con el discurso y los apoyos del gobierno

en turno. La mejor explicación que encontró el lopezobradorismo para explicar su quebranto en las elecciones intermedias en la Ciudad de México y en el Estado de México, fue reciclar la hipótesis de Frei Betto: los gobiernos progresistas generan una clase media que los traiciona y vota por la derecha.

Un problema estructural aún más soterrado es la desbordante sobrepoblación absoluta y relativa, es decir, la masa de trabajadores desempleados que no son requeridos por el capital y que deambulan por los márgenes de la sobrevivencia y aparecen nutriendo las filas de la informalidad, la criminalidad y la migración forzada. Esta masa poblacional desbordante no tiene representación política.

La cuestión es que con esa forma de caracterizar al «pueblo bueno y sabio», se aleja de cualquier connotación proletaria, desconoce la estructura social y sus determinaciones económico-políticas. El «pueblo bueno y sabio» se configura en un *subvencionariado*, esto es, sectores dependientes de las dádivas del gobierno (dinero público a fondo perdido), que le permita mantener una base social de apoyo para el consumo, lo cual no es una inversión productiva.

El militarismo supone la configuración de las fuerzas armadas como el cuarto brazo del poder estatal que no rinde cuentas, se encubre en el paraguas de la «seguridad nacional», y se le confieren funciones civiles, empresariales, policiales, políticas e ideológicas. Lo que se busca es tener de su lado a las fuerzas armadas (el «pueblo uniformado») a cambio de concederles poderes económicos y atribuciones civiles.

El aparato propagandístico hace lo propio, fijar la agenda, es decir, desviar la atención de los problemas estructurales y situarla en escándalos o ataques políticos a contrincantes; por ejemplo, ante la crisis pandémica, el desempleo, la pobreza, el tema del día suele ser un embate contra determinados periodistas.

Genio y figura: el hombre moral

El populismo emerge con la idea de que tiene que surgir un líder carismático (un mesías, un

amado líder, un gran timonel), que se convierta en la encarnación o materialización del espíritu del pueblo y que haga que política y religión sean una y la misma cosa. Ello es sintomático de una época de crisis generalizada donde florecen a escala mundial distintas expresiones de grandes religiones mundanas, como otrora lo fueron los totalitarismos. En el extremo, el fascismo hace creer que somos una gran familia, en tanto que el nacionalismo supone una sola entidad étnica aposentada en una territorialidad mítica.

En el espectro político nacional, AMLO emerge como el «líder más importante de principios del siglo XXI». En un sistema político donde los gobiernos anteriores parecen encarnar a la *kakistocracia*, es decir, el «gobierno de los peores», por corrompidos y desapegados de los grandes problemas nacionales, un liderazgo que refrenda la honestidad y el compromiso social, pareciera tener el camino abierto y el éxito asegurado. Sin embargo, la figura simbólica de AMLO es acompañada por diversos emisarios del pasado reciente al que critica reiteradamente. Él mismo es un político a la vieja usanza priista, formado en la ideología del nacionalismo revolucionario. Viejos políticos y tecnócratas que han sido funcionarios de los gobiernos que dice denostar son reciclados, al igual que operadores políticos regionales para formar una colación nacional-populista.

El perfil dibujado de AMLO como un «hombre de poder» que «crea sus propias fuentes de poder», de un «organizador del poder» que hace posible el «reacomodo y cohesión de facciones del poder político y económico», de un hombre que se hace a sí mismo refrende y de un candidato «independiente» que se opone al conjunto del sistema que representa el neoliberalismo, es hasta cierto punto condescendiente con el ascenso del líder carismático, con una fuerte carga simbólica entre los electores y el perfil ciudadano que se perfila en los análisis de la cultura política en el país.

De acuerdo con esos estudios, el pueblo mexicano tiene «aprecio a los líderes fuertes y una baja estima a la democracia». Además de resabios conservadores por la religión católica, y

crecientemente evangélica. Aristas que son bien capitalizadas para troquelar el liderazgo de AMLO, que no oculta su perfil conservador, moralista, religioso. El mismo nombre de Morena, juega un papel ambiguo entre el término regeneración que alude a los Flores Magón y el acrónimo que remite a la virgen de Guadalupe, la virgen morena de amplia devoción popular.

Pese a la idea de que AMLO se presenta como un «político independiente y contrario a todo el sistema», o de que ha sido acusado de mesiánico, populista y autoritario, su trayectoria es la de un político profesional, formado en el sistema, que después se cambia a la oposición, y desde ahí logra posiciones de dirigente de partido y gobernante del Distrito Federal (hoy Ciudad de México), sin necesariamente ser un político antisistémico. Ha sido un eficaz operador político que selecciona a candidatos que logran ocupar puestos de representación popular.

En el perfil político-ideológico de AMLO, una interrogante siempre ha sido su verdadera filiación política. Queda claro su apego a la ideología del nacionalismo revolucionario, que rememora a la Revolución mexicana y a la Constitución de 1917, herencia de sus años mozos en el PRI. Y su propia trayectoria quisiera inscribirla en la historia patria, poblada por los héroes, que salen airosos de las disputas decimonónicas entre liberales *versus* conservadores, donde él se imagina siendo liberal y a sus adversarios y críticos actuales los coloca, a todos, en el tablero de los conservadores. Pero no es claro si es o no de izquierda. En ocasiones se presenta como tal y en otras elude esa caracterización. Cuando es acusado de ser de izquierdista o comunista, asegura ser nacionalista, cuando se le asemeja a líderes latinoamericanos como Chávez o Maduro, rehúye la comparación.

El discurso de AMLO tiene tintes nacionalistas y populistas, además de reaccionarios, como cuando arenga que «en México no hay explotación», «no a la materialidad» o que la mejor institución de seguridad social es la familia o que no se requiere mucha ciencia para gobernar, etcétera. No más impuestos: más recaudación con impuestos indirectos. Se coloca en el flanco conservador cuando se desienten, por ejemplo, de las luchas feministas, de las luchas por el aborto, de la legalización de las drogas, estipula que la familia es la mejor institución de seguridad social, que problemas estructurales como la violencia se deben a la pérdida de valores, que el coronavirus se detiene con una estampilla protectora del Sagrado Corazón de Jesús. Peor todavía, cuando sostiene que en México no hay explotación, que aquí las riquezas de los grandes empresarios, los que son sus aliados, son bien habidas.

Arremete contra los neoliberales, aunue su gobierno sigue varios preceptos neoliberales: dogma del superávit, la austeridad del gasto (donde se dice suprimir gastos superfluos, no obstante se recortan servicios públicos que significan derechos sociales), el adelgazamiento



de los aparatos del Estado, el T-MEC, la inversión privada, los grandes empresarios como agentes del desarrollo, además de la política asistencialista, la vertiente del liberalismo social ya ensayada por los gobiernos anteriores, ahora profundizada.

El sello de la casa ha sido la ambigüedad, la contradicción, que más que un desacierto o inconsistencia, parece ser una intención para abrir y cerrar las posiciones en el juego del poder: en momentos de estabilidad y entendimiento, asegura gobernar para todos, pero en momentos críticos y de conflictividad, se repliega hacia sus bases, para luego esperar superar el vendaval y volver a ampliar la cobertura.

Hambre de poder

La pregunta clave en aras de una construcción hegemónica parece ser ¿quién tiene, detenta, el poder, bajo el gobierno de AMLO? y más específicamente ¿qué tipo de poder encarna AMLO: se trata de un poder popular o de un poder presidencialista? El punto de partida en ese desafío

es el problema del poder adquirido con la asunción al gobierno y la disputa por el poder como forma de gobernar.

En efecto, AMLO gana la presidencia, con un enorme voto, que le confiere legitimidad, pero no por ello asume el poder de manera expedita. A fin de hacer acopio de poder, emprende una lucha interna en los aparatos del Estado, para ampliar su poder como gobernante e irradiar su influjo en las demás ramas estatales: parlamento, corte, fuerzas armadas y sectores de la sociedad civil: medios de comunicación, iglesias, universidades, organizaciones sociales, familias, etcétera. Emprende, entonces, una cruzada para doblegar enemigos, someter opositores, beneficiar a empresarios, cooptar liderazgos, vilipendiar a críticos, negar a los independientes. En esa acometida desmantela instancias que le son adversas dentro del Estado: los organismos intermedios, los mandos burocráticos, aparte somete a los otros poderes (legislativo y judicial), pacta con el cuarto poder (las fuerzas armadas), se erige

Al tiempo en que acumula poder, se apropia del dinero público y del presupuesto: disuelve fideicomisos, recorta presupuestos, reasigna partidas hacia los nuevos sectores privilegiados (fuerzas armadas y proyectos insignia). En conjunto, reedita y profundiza el viejo presidencialismo priista: amasa poder, dinero, bases y control.

como «el poder de los poderes»; posiblemente pacta con el gobierno anterior la transición y la impunidad de los altos funcionarios del peñanietismo. Controla al sistema de partidos, con una nueva constelación del partido gobernante y sus partidos satelitales y la oposición atomizada e irrelevante. Confronta a un enemigo imaginario: los adversarios, conservadores, neoliberales, corruptos. Partidos, burguesía, sociedad civil. Embate a la prensa y canaliza apoyos a medios aliados. Apela al conservadurismo religioso y nacionalista de las familias. Reconfigura sus bases de apoyo oficial, mediante brigadas y programas de asistencia. Recupera al ejército proselitista, las otrora «brigadas del sol», ahora como «siervos de la nación» o «servidores de la nación»; antes para fines electorales y ahora para fines gubernamentales y efectos electorales.

Al tiempo en que acumula poder, se apropia del dinero público y del presupuesto: disuelve fideicomisos, recorta presupuestos, reasigna partidas hacia los nuevos sectores privilegiados (fuerzas armadas y proyectos insignia). En conjunto, reedita y profundiza el viejo presidencialismo priista: amasa poder, dinero, bases y control.

En los hechos se asume como el poder encarnado: el Estado (fetichismo del poder). En el discurso y operación política se asume como el pueblo (fetichismo de la hegemonía). Frente a un poder concentrado en un presidencialismo anacrónico, es menester reconstruir un poder social genuino.

¿México, una potencia mundial?

En la historia nacional del siglo XX para entender el desarrollo capitalista: desde los años treinta, con la formulación del PNR y la larga hegemonía política que culminará con lo que otros autores han denominado la «transición a la democracia», pero que simplemente se redujo a la alternancia electoral entre PRI y PAN, cuyo episodio más importante sin embargo sucedió en las altas esferas del poder político, con el cambio del modelo nacionalista al modelo neoliberal, luego de la crisis de los setenta, el espejismo del milagro económico petrolero y el endeudamiento

externo, y la crisis de los ochenta que impone la gran transformación neoliberal: apertura externa, programas de ajuste estructural, desmantelamiento del pacto populista, después el TLCAN, la maquilización de la economía.

AMLO ha publicado diversas versiones del *Proyecto alternativo de nación*, con el concurso de especialistas de distintas disciplinas, sin que necesariamente el documento sea del todo coherente. También se publicó el *pejenomics*, la versión empresarial del candidato triunfante. Otros textos como *Economía moral*, además del Plan Nacional de Desarrollo, que más que un plan es un documento doctrinario, una compilación de discursos pronunciados de modo incesante en la palestra pública.

En el discurso de la 4T, el proyecto en ciernes es de corte neodesarrollista, y en el decurso histórico significa una suerte de actualización del desarrollismo mexicano que había dejado inconcluso el proyecto de industrialización por sustitución de importaciones (ISI), propio de los llamados años dorados del capitalismo de posguerra en el nivel mundial, pero que ahora tendría que asumir los desafíos de la globalidad capitalista e insertarse en el trafago de la exportación de bienes con alto contenido tecnológico y articular ciclos de crecimiento con distribución del ingreso.

AMLO ha expresado que México puede ser una «potencia económica», a semejanza de las economías asiáticas de alto crecimiento; más allá de la retórica, un recurso discursivo de políticos que encubren con tintes demagógicos la cruda realidad, no tiene fundamento de factibilidad.⁵ De hecho, México se caracteriza por ser una economía dependiente. Con casi cuatro décadas de ser una economía abierta y 25 años de TLCAN, está subordinada a Estados Unidos: dos terceras partes de la IED proviene de ese país y 80 por ciento del comercio exterior mexicano es con su vecino del norte.

El concepto de neodesarrollismo pretende ser usado para caracterizar el proyecto económico de la 4T como para discutir la tentativa de convertir al país en una potencia mundial mediante la recuperación de la rectoría del Estado, la participación de la burguesía nacional, el incremento sustancial de la inversión y la activación de una política de industrialización. Más bien, el tal neodesarrollismo funge como un concepto paraguas para aglutinar neoliberalismo+populismo, es decir, una continuidad de los fundamentos de la gestión neoliberal aderezados con asistencialismo para, supuestamente, teñir un «capitalismo con rostro humano» o un capitalismo moralizado.

Las experiencias contemporáneas de países emergentes que pueden convertirse en potencias económicas se ubican en la región Asia-Pacífico, en particular de Japón, Corea del Sur y, sobre todo, China, de donde se pueden extraer enseñanzas o lecciones sobre

⁵ También ha dicho que creará un sistema de salud como el de Noruega y otras expresiones similares.

modelos exitosos, no exentos de contradicciones, de economías que pasaron de ser subdesarrolladas a desarrolladas, dos de ellas potencias mundiales.⁶ Se trata de economías de alto crecimiento, basadas en la gestión estatal del desarrollo, que lograron superar el problema del endeudamiento y fincaron su expansión en una política de industrialización fundada en grandes montos de inversión, desarrollo de la ciencia y la tecnología, la calificación de fuerza de trabajo, la formación de grandes corporaciones y la incursión competitiva en el mercado mundial.

Esos modelos de desarrollo se han centrado claramente en la figura protagónica del Estado desarrollista —en específico en China, donde el Estado asume el papel de capital en funciones— mediante la implementación de políticas industriales, que han generado ciclos de alto crecimiento: en la posguerra, Japón logró 10 por ciento de crecimiento promedio anual; después se sumarían Corea del Sur, Taiwán y Singapur, y más recientemente China, el caso más emblemático para nuestros días, que incluso ha superado la barrera de 10 por ciento de crecimiento anual.

Esta dinámica se sustentó en altas tasas de inversión (40 por ciento del PIB en algunos casos) debido a altos niveles de ahorro interno y al funcionamiento del sistema bancario que realizaba funciones efectivas de banca de desarrollo. Salvo Corea del Sur, que recurrió a deuda externa, pero aplicada estratégicamente a la producción, por lo que podría cubrirla sin problemas y no quedar atrapado en la espiral de endeudamiento. (En México, la banca de desarrollo prácticamente fue desmontada y la banca comercial no cumple el papel crediticio para la industria).

Con probabilidad, en el futuro, este análisis geoestratégico comparado se puede complementar con las experiencias del neodesarrollismo latinoamericano, sobre las cuales México parece tener más similitudes, a sabiendas de que son modelos que no han logrado descollar en procesos de alto crecimiento basados en la industrialización ni desarrollar la ciencia y la tecnología, ni tener autonomía financiera, sino que siguen siendo, al igual que la mexicana, economías subdesarrolladas, aunque con gobiernos que impulsan ciclos de crecimiento relativo basados en el extractivismo de recursos naturales y la redistribución del ingreso mediante programas sociales de abatimiento a la pobreza. Por lo demás, una cuestión muy polémica en la región. El proyecto de la 4T se parece más al progresismo latinoamericano que al industrialismo asiático, por lo que, se podrá entender, la apuesta de largo aliento sería superar esa perspectiva más inmediatista y pragmática montada en los ciclos ascendentes de las cotizaciones internacionales de materias primas, energía y productos básicos. De

igual forma, es posible profundizar en la propia experiencia mexicana, sumida en el bloque económico de América del Norte, mediante el TLCAN, ahora T-MEC y su forma espuria de industrialización, la maquila, basada en trabajo intensivo y barato.

En el pasado, México, y algunos países de América Latina, también experimentaron, no si contradicciones sociales, algo similar, durante la industrialización por sustitución de importaciones (ISI), que prohibió un empresariado nacional, un mercado interno y rachas de crecimiento de 6 a 6.5 por ciento de anual, lo cual se dio al traste con la crisis del modelo, aunque también con el abandono de la tentativa de industrialización por el proyecto neoliberal, mediante la apertura comercial y la entrada de capital multinacional financiero y productivo. Desde entonces se han venido registrando bajas tasas de crecimiento de 2.5 por ciento o menos.

En definitiva, el modelo neoliberal asumido por la clase política dirigente de los gobiernos precedentes, que impulsó la privatización de empresas públicas y sectores estratégicos, promovió la apertura comercial y la entrada de inversión extranjera especulativa y productiva, terminó por desencadenar múltiples efectos socioeconómicos devastadores: bajo crecimiento, desigualdades sociales con elevadas ganancias y concentración de la riqueza, bajos salarios, desempleo, pobreza, violencia, migración. La economía nacional se convirtió en un motor para la transferencia de recursos al exterior: salían del país remesas de ganancias, pago de deuda, pago de regalías, fuga de capitales. Por añadidura, las crisis recurrentes se convirtieron en parte de la cotidianidad. Razón por la cual la expectativa de cambio, en el plano económico, supone la superación, cuando menos, del referido neoliberalismo.

La expectativa neodesarrollista estaría fincada en el crecimiento, en un capitalismo nacional dirigido por el Estado, mediante políticas de industrialización, mercado interno y articulación regional. En esa lógica sería preciso articular lo desarticulado, y si de estructuras productivas hablamos,

⁶ Víctor López Villafañe y Carlos Uscanga (coords.), *Japón después ser el número uno*, México, Siglo XXI, 2015; Víctor López Villafañe, *La modernidad de China México*, Siglo XXI, 2012.

habría que comenzar con ensamblar las cadenas de producción orientadas al mercado interno, pero también a la exportación. Este cometido requiere un nuevo andamiaje infraestructural, cambios tecnológicos, proyectos de desarrollo regional y nuevas atribuciones gubernamentales en materia de planeación, presupuestación y promoción industrial.

A fin de que se despliegue el papel del Estado como agente de desarrollo, se requiere inversión, banca de desarrollo, política industrial, reforma fiscal y una coordinación institucional. Algunos de estos preceptos si bien se han plasmado en diversas publicaciones y documentos, no se han llevado a la práctica. En todo caso se ha puesto énfasis en la austeridad del gasto, el combate a la corrupción, el aumento a la recaudación y el financiamiento preferente a un paquete de proyectos de infraestructura que fungen como insignias de gobierno, el rescate de Pemex, el financiamiento a las fuerzas armadas y los programas de asistencia social.

No se puede obviar que, más allá de los buenos propósitos, hay factores estructurales condicionantes heredados, el predominio del comercio exterior (70 por ciento del PIB) liderado por corporaciones multinacionales que operan con esquemas de comercio intrafirma sin encadenamientos productivos nacionales y el peso de la deuda pública (50 por ciento del PIB) que supone una fuga sistemática de recursos, aunado a la salida de capitales, que redundan en una descapitalización estructural. En tal sentido, la economía mexicana se ha especializado, más que en la exportación de mercancías, en la exportación de capitales y ha desarrollado una dependencia de la inversión extranjera para generar dinámicas de producción, bajo las mismas pautas de maquilización y transferencia de excedentes. En tanto que el TLCAN, ratificado por AMLO con su versión 2.0 (el T-MEC) ha sido una estrategia del gran capital multinacional para convertir al país en una plataforma exportadora operada, en su mayoría, por capitales foráneos, que aprovechan la fuerza de trabajo barata y los recursos naturales desregulados, entre otras ventajas.

Una paradoja del modelo neoliberal es que pese al reducido crecimiento y la crisis social asociada, la economía ha sido muy rentable para los capitales financieros, extractivistas y maquiladores. Se trata de una economía subdesarrollada y dependiente (sin industria avanzada y sin mercado interno), cuyas fuentes de ingreso proceden de la exportación de la maquila, las materias primas, productos agropecuarios, turismo, drogas y migrantes.

Con todo, la expectativa planteada por la 4T no deja de ser grandilocuente: hacer de México una potencia económica mundial. Pero el éxito del proyecto no se ha cifrado en la economía política sino sólo en la política política, es decir, en la construcción de una hegemonía política a la vieja usanza donde se pondera como los más importante a) el liderazgo de AMLO; b) los triunfos electorales de Morena frente a los partidos opositores; c) la cobertura de los programas sociales como factor de cohesión de la base electoral, a expensas de los problemas de inseguridad y bajo crecimiento económico.

La fórmula del neodesarrollismo de la 4T, que en el discurso de AMLO se ha planteado tímidamente como «posneoliberalismo» o, simplemente, cuarta transformación se puede resumir en los siguientes términos: crecimiento + distribución del ingreso, donde el crecimiento se obtiene con la inversión privada en proyectos de infraestructura y el arrastre del T-MEC, pero sin política industrial, articulación de cadenas productivas, mercado interno y desarrollo regional; en tanto que la distribución del ingreso se plasma en políticas asistenciales que acopian un fondo de recursos extraídos del presupuesto público, con cargo al contribuyente, y la depuración de la burocracia y programas, esto es, la austeridad en el gasto público, el subejercicio, la reorientación del dinero. Fundados en esta fórmula se obtienen réditos políticos inmediatos: se forma una base social de apoyo al gobierno (popularidad) y se prepara una masa electoral para ampliar y reproducir los espacios de poder de la coalición gobernante, aunque no se crean las bases del proyecto industrializador-exportador de nuevo tipo, que supone el neodesarrollismo de mediano o alto crecimiento, con mira a la formalización de esa pretendida conversión del país en potencia económica mundial.

La marca del bienestar: demagogia y popularidad

Los gobiernos no crean riqueza, los gobiernos toman recursos del plusvalor generado por el trabajo social vía impuestos que mediante la técnica fiscal gravan a los agentes económicos privados (empresarios y trabajadores) y los consumidores, y los utilizan para pagar al capital financiero (deuda), a la burocracia y los trabajadores estatales y también los distribuyen mediante programas de gasto social, pero no crean riqueza, son un ente parasitario.

El populismo no reconstruye un Estado de bienestar sino que reestructura el aparato estatal y burocrática para formar una bolsa

de recursos transferibles a sectores sociales que se convierten, hasta cierto punto, en dependientes económicos del gobierno (subvencionariado) y base de apoyo electoral. Con ello se exalta la distribución del ingreso estatal sin reparar en el proceso de generación del plusvalor y sus formas de distribución. transferencia de recursos dinerarios a sectores de la población con el propósito de prohijar una base social de apoyo al gobierno sin hacer cambios en las estructuras sociales y las pautas de acumulación.

La operación político-electoral del gobierno descansa en la formación de una base social de apoyo al gobierno cimentada en los programas de asistencia social mediante la transferencia de dinero desde la presidencia a los beneficiarios con la intermediación de su socio empresarial privado, Banco Azteca, y el trabajo de campo de los «siervos de la nación», un ejército de operadores políticos del gobierno que difunden los programas y empadronan a los beneficiarios. Al respecto, se distribuyen recursos a un número aproximado de 24.5 millones de beneficiarios distribuidos entre adultos mayores (65 años y más), personas con discapacidad, aprendices, estudiantes de educación media, madres solteras y sembradores de árboles. Los recursos destinados en 2020 para ese propósito fueron de 111 mil millones de pesos. Casi se aproxima al número de votos que obtuvo AMLO al ganar la presidencia de la república: 30.11 millones de votos; no obstante, durante la pandemia perdieron su empleo casi 12 millones de trabajadores.

El padrón de beneficiarios forma, por sí mismo, un padrón de votantes, que puede ser inflado dado el efecto multiplicador, es decir, el número de familias que reciban al menos dinero de un programa oficial. Más que una política de transformación social es una política del pobrismo o del socialismo pobre.

Esta estrategia es claramente asistencialista, según la pauta de la nueva política social emanada del liberalismo social o neoliberalismos asistencialistas, que canaliza una parte del dinero público, recabado vía impositiva, para atenuar los niveles de pobreza extrema que el propio patrón de acumulación arroja. Asimismo, es una política populista, que procrea una masa social de apoyo al gobierno en turno, que sólo será movilizada en las contiendas electorales, pero no está siendo formada como un sujeto político colectivo organizado, concientizado y autodeterminado, porque eso sería peligroso para el propio gobierno. Se trata, a su vez, de una estructura paralela al partido del gobierno, el fiel de la balanza política, que no crea derechos ni instituciones, al contrario, subsiste del desmantelamiento de sectores del gobierno, programas, presupuestos y derechos sociales mediante el trasvase de dinero de esas estructuras a los abultados padrones de beneficiarios. El cometido principal es engendrar una base social de apoyo electoral, lo que la ideología del gobierno designa como «pueblo». No es un sujeto político sino una masa social dependiente de las determinaciones del líder.

La base de sustentación del gobierno lopezobradorista son los programas de asistencia social. Cuentan con una bolsa de 300 mil millones de pesos, sustraídos del presupuesto ordinario para la asistencia social, pero también de los recursos acopiados mediante subejercicios, recortes, austeridad y extinción de fideicomisos. Sin reformas hacendaria ni ingresos de empresas públicas, que operan en números rojos, como Pemex.

La política social de la 4T, como la de los gobiernos neoliberales precedentes, sólo administra la pobreza, no acomete las causas estructurales de la pobreza, que están en la raíz del capitalismo subdesarrollado y dependiente. Los apoyos del gobierno a diversos sectores sociales, como los adultos mayores, los discapacitados, los estudiantes de educación media superior y superior, y los jóvenes desempleados, son meros paliativos, que sin embargo es efectivo para generar una animosidad favorable hacia el gobierno entre los beneficiarios.

La propaganda gubernamental insiste en que el «gobierno barato» y la pretendida recuperación de recursos robados por administraciones anteriores por la corrupción imperante. El propio presidente ha dicho que el programa de transformación no es otro que dar dinero a los más pobres. Algunos sectores de beneficiarios de los programas de gobierno son trabajadores precarizados, que a cambio de realizar una actividad, carecen de relación laboral y prestaciones sociales, pues fungen como becarios aprendices o como cultivadores de árboles frutales y maderables demandados en el mercado.

Inicialmente, el presidente elevó la edad mínima para acceder a ese beneficio o dádiva a 68 años, pero con las elecciones intermedias de 2021, disminuyó la edad a 65 años, con objeto de ampliar su caudal de votos. Este programa asistencial incluía a alrededor de 8 millones 200 mil u 8 millones 300 mil mexicanos mayores de 68 años. En el primer semestre de este año se les entregaba 2 mil 700 pesos bimestrales. Con el anuncio de reducir la edad a 65 años también se considera una ampliación de 15 por ciento. Ello elevó a 138 casi 140 mil millones de pesos, pero con la reducción de la

edad a 65 se iban a incorporar varios millones de mexicanos, unos 2 millones 300 mil mexicanos, con lo que se alcanzará 10 millones 500 beneficiarios que recibirán 3 mil 100 pesos. Eso elevaría a 150 mil millones de pesos. Con el aumento programado para el año 2022 y 2023, además del anunciado para el 2024, que sería de 6 mil pesos bimestrales (3 mil pesos mensuales), el monto ascendería a 360 mil millones de pesos.

A la postre, una economía que no puede crecer más de 2.0 o 2.3 por ciento no puede sufragar grandes montos de subvenciones. En los años venideros no habrá recursos suficientes para cubrir esa bolsa programada. El gobierno ha agotado los recursos de los fondos acumulados durante 15 años, también agotaron los fideicomisos, se han recortado programas, dependencias, presupuestos, sólo se busca mediante una «miscelánea fiscal» obtener de los grandes contribuyentes 200 mil millones de pesos. Ello bajo la premisa de no contratar más deuda, no subir impuestos y no crear más impuestos. La deuda heredada de 11 millones se ha incrementado 15 por ciento y con los aumentos de la tasa de interés el costo financiero se elevará alrededor de 150 o 180 mil

millones de pesos de los proyectados. El incremento de la inflación también puede elevar el costo financiero de la deuda del sector público. Además, habría que considerar a quienes se pensionaron con la ley del 73 del Seguro Social, y que se sumaran al cobro de las pensiones. De igual modo a los jóvenes desempleados.

Otra cuestión es que contrario al eslogan de «Primero los pobres» es que la mencionada «pensión universal» es para todos, no sólo para quienes realmente la necesitan por no recibir ingreso alguno igual reciben sus 3 mil pesos bimestrales los pensionados de CFE, Pemex, IMSS, Magisterio y demás burócratas, así como los integrantes del cuerpo de Gobierno que ya son jubilados de otras instituciones, tal es el caso de Olga Sánchez Cordero, quien tiene una pensión mensual de más de 250 mil pesos.

Subvencionariato

La política paternalistas de entregar dinero directamente a los individuos, sin mediación de instituciones o derechos sociales, gesta un *subvencionariato*, una clientela política del gobierno: sin trastocar las condiciones estructurales de

Se trata de una vertiente añeja de la política neoliberal, bajo el manto del liberalismo social, que pretende resarcir a los sectores de pobreza extrema que han sido damnificados por los programas de modernización neoliberal mediante los programas de «combate a la pobreza», pero sin cambiar las condiciones estructurales que la generan.



los mercados laborales, basados en la superexplotación, la migración forzada y el trabajo en negro, los gobiernos neoliberales o liberal-sociales, transfieren recursos públicos a los sectores más empobrecidos para contener el estallido social, menguar la crisis humanitaria y procrear bases de apoyo electoral. Se crea la contracara del precariado, el subvencionariado.

La política asistencialista no es una invención política del lopezobradorismo. Los gobiernos neoliberales, priistas y panistas, que implementaron los programas de privatización y desmantelamiento del pacto populista y la red de protección social, implementaron programas de asistencia social, de corte clientelar o neocorporativo, con transferencia de dinero y recursos en especie para los sectores pobres. Esos programas no atacaban los problemas estructurales que generan la pobreza, pero apagan posibles estallidos sociales. López Obrador retoma esta política y la amplía, para darle un sello de identidad programática a su gobierno.

Las mal llamadas «pensiones» a los adultos mayores (no son pensiones porque no devienen de la forma de salario diferido, ni siquiera se trata de un ingreso básico universal, sólo es un subsidio o apoyo a un grupo etario de la población). Este programa no es nuevo ya se otorgaba en el nivel federal, en el gobierno de su antecesor, Enrique Peña Nieto, el cual retoma y amplía bajo el signo ideológico de su gobierno, que dice abandonar el neoliberalismo. Más grave todavía, se trata de una vertiente añeja de la política neoliberal, bajo el manto del liberalismo social, que pretende resarcir a los sectores de pobreza extrema que han sido damnificados por los programas de modernización neoliberal mediante los programas de «combate a la pobreza», pero sin cambiar las condiciones estructurales que generan la pobreza. Este programa, ya lo había aplicado en el nivel local, cuando era jefe de gobierno en el Distrito Federal (hoy Ciudad de México).

Las políticas asistencialistas se concentran en los pobres extremos, pero omiten lo que ellos consideran «clases medias», las cuales, supuestamente, tendrían ingresos suficientes y determinados privilegios, que no las hacen objeto de apoyo del Estado (no son considerados «pobres»), pero tampoco califican para acceder a determinados créditos, están congelados y no pueden ascender en la escala social, más bien están expuestos a caer en el descenso. A pesar de que ese concepto de clase media ha sido inoculado ideológicamente, en realidad no existe, se trata de sectores de trabajadores que viven de su salario y que con dificultades llegan a fin de quincena o de mes, y que tienen que endeudarse para complementar su consumo básico o pagar deudas (se endeudan para pagar deudas).

Cualquier ayuda focalizada será insuficiente porque omite a estos sectores, que supuestamente tienen ingresos propios suficientes para subsistir. Es un error actuar sólo en sectores que supuestamente lo necesitan y se omiten a grandes capas de la población: aquellos que

perdieron su trabajo o sus empresas. El gobierno no está actuando sobre estos sectores sociales.

Es sintomático que el gasto social no se ha incrementado de manera significativa durante el gobierno de AMLO; los programas asistencialistas se han financiado con recortes presupuestarios a otros programas o a dependencias públicas. México sigue siendo el peor país de la OCDE en gasto social, por debajo de Chile.

Rentabilidad política

El presidente Andrés Manuel López Obrador ha dicho sin tapujos que «si me preguntaran cuál es el programa, el programa es ese, darle dinero a la gente». Este programa es redituable en términos electorales. La administración de la pobreza es redituable políticamente. Es el mecanismo generador de bases de apoyo al gobierno, sobre todo en materia electoral. Este ha sido el gran soporte para ganar las elecciones presidenciales en 2018, con el antecedente de los programas de gobierno en el Distrito Federal y las promesas de campaña, y en el gobierno funge como mecanismo para la cooptación y manejo clientelar de las masas mediante operadores políticos del gobierno, que desplazan a las organizaciones sociales.

La operación de los programas asistenciales es el brazo derecho de la operación político-electoral del gobierno, que se complementa con las arengas en las conferencias matutinas y en las redes digitales. Los llamados superdelegados son una estructura paralela a los gobiernos de los estados que cuentan con un ejército de «servidores de la nación» que operan los programas y la propaganda gubernamental puerta a puerta. Suplen la intermediación política de las organizaciones sociales y los partidos políticos.

La popularidad de AMLO se mantiene con 65 por ciento de aprobación. Ese es el indicador que más interesa a la 4T, y es resultado de, en parte, la estrategia de comunicación y propaganda incesante y, en parte, por el caudal de recursos distribuido en los programas asistencialistas. Aunque ese indicador ha alcanzado niveles de 80 por ciento y caído a 49.6 por ciento, el propio AMLO

ha sostenido ser el segundo mejor presidente del mundo, en realidad se refería al segundo más popular, sólo detrás del primer ministro de la India, Narendra Modi, y superaría a Angela Merkel de Alemania, según la encuesta de sondeo «Morning Consult», donde sólo se mide a 13 mandatarios. Cuando era jefe de gobierno del Distrito Federal, como parte de su campaña permanente de autopromoción también mostró un estudio que lo reconocía como el «segundo mejor alcalde del mundo», según The World Major Project.

Signos contrarios

La crisis desencadenada por la pandemia de la covid-19 y la gestión del gobierno de AMLO mediante los programas centinela, la sana distancia, la campaña de «quédate en casa», el semáforo epidemiológico, la reconversión hospitalaria y la gestión de la compra de vacunas. Una gestión sumamente controvertida, que se desmorona cuando salen a colación el número de muertos por esa pandemia y el deterioro del sistema de salud pública ya en tiempos de la 4T.

Esta gestión se ubica en un momento de confrontación entre el gobierno y sus adversarios, en las proximidades de una nueva contienda electoral, que resalta por ser «la más grande de la historia», toda vez que se reparten 21 mil cargos públicos, en todos los niveles, salvo la propia presidencia. La disputa no sólo es por presidencias municipales y gubernaturas, sino sobre todo por el control del congreso, donde se decide el presupuesto, y en ello está cifrada la continuidad del proyecto lopezobradorista, de mantener sus proyectos de infraestructura, los programas de asistencia, la militarización, aunado a la austeridad presupuestal con sus recortes multisectoriales.

Los días que corren son peliagudos, si tomamos en consideración algunos de los signos de la crisis:

a) El bajo crecimiento crónico se mantiene: la meta era crecer 4.5 por ciento anual, la realidad es que hay un decrecimiento de -8.5 por ciento: se dibuja una V, con un rebrote muy limitado.

b) Bajo nivel de inversión pública y privada: la inversión total en México como proporción

del PIB nacional fue de 17.9 por ciento en 2020, la más baja desde hace 20 años. La IED cae 11.7 por ciento en 2020. Esa tasa de inversión es insuficiente para generar un crecimiento de más de 2 por ciento para los próximos años.

c) En la inversión de cartera se atestigua el regreso del *carry trade*, la compra de valores con tasas de interés con rendimientos más altos que los países ricos, es el caso de México, donde ya comenzaron a subir las tasas, en Brasil y Turquía. Atrae dinero de cartera, que no se había ido.

d) En la inversión extranjera directa no se está invirtiendo lo suficiente en activos fijos, existentes o nuevos en México, a diferencia, por ejemplo, de Brasil.

e) Persisten el bajo nivel de recaudación impositiva y el déficit en cuenta corriente, aparte del cuantioso pago de deuda pública y privada.

f) La fuga de capitales registró niveles históricos en 2020 y 2021, 257 mil 238.52 millones de pesos y 292 mil 291.44 millones de pesos, respectivamente, que superan a lo reportado en el episodio del llamado «efecto tequila».

g) Mientras tanto, Pemex reporta pérdidas históricas por más de 224 mil millones de pesos en 2021, una reducción de 56 por ciento respecto del año anterior.

La promesa de AMLO era crear 2 millones de empleos en 2020, pero México ha perdido 647 mil 710 puestos registrados en el IMSS, 86 por ciento de los cuales eran permanentes. El salario promedio fue de 408 pesos, con un incremento de 7.9 por ciento. Empero, la pobreza sigue creciendo y se suman 9.8 millones de pobres en 2020 (Coneval) con ingreso menor a la línea de pobreza; en el escenario pesimista, se estima 70.9 millones de pobres por ingreso, 56.7 por ciento de la población.

Según AMLO, México es un ejemplo mundial de manejo de la pandemia. La realidad es diferente. México tiene el cuarto lugar mundial de muertos. El peor índice de letalidad (entre infectados y muertos) en el mundo entre 9 y 10 por ciento, a escala mundial es de 2 por ciento. La mortandad por pandemia, en un escenario «catastrófico» estimado por el gobierno se alcanzaría una cifra de 35 mil muertes, la realidad ha sido muy distinta, porque conforme con los datos oficiales se registran 191 mil muertos y contando; sin embargo, datos agregados de INEGI estiman un 40 por ciento más, considerando las actas de defunción, inclusive analistas independientes multiplican por 2 y hasta por 3.5 la cifra de fallecidos en atención al exceso de muertes.

Las muertes por violencia son el saldo rojo del capitalismo mexicano en tiempos de la 4T. Pese a la desmovilización por la pandemia y el despliegue de casi 100 mil elementos de la Guardia Nacional, en 2020 los homicidios y feminicidios se mantuvieron en los niveles record de 2019. De acuerdo con los datos oficiales del Secretariado Ejecutivo

del Sistema Nacional de Seguridad Pública se asesinaron a más de 35 mil 484 personas, de las cuales se reconoce a 969 víctimas de feminicidios. Estos y otros indicadores parecen contravenir, objetivamente, las potencialidades del neodesarrollismo y la misma pertinencia de la 4T, en sus propios términos.

Conclusión

La cuenta regresiva del gobierno que pretendió conducir una grandilocuente «cuarta transformación» desde una concepción nacionalista decimonónica tiene sólo seis años o menos para cumplir su cometido, que puede ser prorrogable en caso de ganar las siguientes elecciones, pero será inevitable que el siguiente gobierno haga sus ajustes. Tarea improbable, dado que en la primera mitad del sexenio no se ha cristalizado, hasta el momento, ningún proceso o proyecto que testifique un verdadero cambio estructural en la sociedad mexicana. Salvo programas paliativos o pequeñas reformas, no se ha tocado la esencia del patrón de acumulación y la estructura de poder. El programa asistencialista de reparto masivo de dádivas entre los pobres, no es más que un recurso demagógico de este y los anteriores gobiernos que han gestionado el capitalismo mexicano. La pobreza sigue aumentando, pero la popularidad del presidente se mantiene por ese reparto monetario. Los megaproyectos de infraestructura y energía son anclajes del extractivismo progresista que no cambia las estructuras de producción ni los mecanismos de redistribución.

Tres disyuntivas:

1. Si acaso el proyecto de la 4T es un genuino proyecto de transformación social con cambios estructurales o en un proyecto reformista que permite colocar a un grupo de la llamada clase política en las altas esferas del poder político para desde ahí amplificar sus ámbitos de influencia. En los términos de análisis del libro, se corre el riesgo de construir una nueva hegemonía política pero sin desarrollo económico.

2. Si en efecto podrá ser México una potencia económica de alto o mediano crecimiento a la sombra del T-MEC y un estado social como Dinamarca o continuará prolongando la agonía de un capitalismo estancado, subsumida al capital global con cuadros patológicos de pobreza, enfermedad y violencia. El peor escenario sería cabalgar entre formas de continuidad neoliberal para garantizar el respaldo del sector empresarial privado y políticas populistas para agenciarse los respaldos sociales y electorales.

3. Si derivado de la situación de crisis actual estamos de cualquier forma en los prolegómenos de un proceso de transición o de una nueva década perdida. Por lo pronto, parafraseando a Gramsci, en la 4T, están todavía muy presentes los componentes del régimen que no termina de morir, y no se advierten claramente los signos vitales de lo nuevo que encierra el potencial de una genuina transformación social.

Con la finalidad de debatir de manera informada el significado histórico de la coyuntura política que supone un momento de transición, conviene analizar la situación de profunda crisis del capitalismo mundial, que supone una crisis humanitaria, en tanto los gobiernos se muestran incapaces para garantizar la salud pública y la vida misma de personas infectadas y enfermas, dado el desmantelamiento de los servicios sanitarios. Pero más, las condiciones nacionales donde nos coloca en una crisis social y económica de enormes proporciones que ahonda las desigualdades sociales, el desempleo, la pobreza y la violencia.

El proyecto de la 4T antepone la distribución de la riqueza sin activar una producción diversificada y moderna que genere riqueza mediante la activación del ciclo industrial con soporte tecnológico, trabajo complejo y articulación de cadenas productivas, aunado al desarrollo de infraestructura y desarrollo de ciencia y tecnología, además de un sistema de bienes públicos universales en educación y salud. En su lugar, los proyectos del gobierno destruyen el ambiente, despojando territorios. El apoyo desproporcionado en el aparato militar, en el aparato propagandístico y en mecanismos de control clientelar pretenden ser los mecanismos de gobernabilidad. 